



REFLEXION SOBRE LA GESTIÓN PÚBLICA

Elogio a la eficacia virtual: el arte de gobernar mediante el aplauso, la maqueta y la ausencia de materia.

Es un acto de estricta justicia cívica reconocer los prodigios de la moderna gestión pública en nuestra región. La Provincia y nuestro municipio han logrado perfeccionar una disciplina política revolucionaria: el arte de gobernar a través del éxtasis publicitario, liberando a la administración del engorroso deber de concretar obras tangibles y de rendir cuentas.

Hay que destacar la insuperable creatividad de un Estado que ha sabido transformar la inacción en un valor estético. ¿Para qué gastar recursos en reparar puentes o rutas cuando se puede disfrutar del sublime aislamiento geográfico? Aplaudimos con fervor este modelo de vanguardia donde la naturaleza ha sido invitada a reclamar lo suyo, eximiéndonos de reconstruir el puente de la Ruta Provincial N° 65 o el histórico paso sobre el Arroyo Venado, caídos hace ya tanto tiempo, o de concretar la eterna promesa de la rotonda en la RN 33 y RP 60, permitiendo que la región entrene su resiliencia y su espíritu aventurero ante la sabia demora estatal.

A este prodigio de conectividad se le suma la vanguardista diplomacia interjurisdiccional respecto a la planta de efluentes cloacales de Huanguelén, emplazada pacíficamente en territorio de Guaminí pero administrada desde Coronel Suárez sin la menor habilitación ni permiso legal. Una obra fantasma y sin papeles que demuestra cómo, eludiendo los controles ambientales, se fomenta una creativa hermandad entre distritos basada en mirar para otro lado.

¿Y qué decir de la economía operativa de este tiempo? El municipio, con admirable ingenio, ha decidido prescindir de un parque vial propio que funcione, apostando a la noble y dinámica industria del alquiler permanente de maquinaria a terceros. ¿Para qué invertir el dinero de los contribuyentes en patrimonio público propio si se puede tercerizar con elegancia y misterio? En perfecta sintonía, encontramos el misterio del hábitat y el urbanismo: ¿para qué apurar la entrega de viviendas sociales o gastar en redes cloacales, red de gas y agua potable en barrios enteros, cuando la espera prolongada forja el carácter de las familias? Y en cuanto a las calles de la Localidad cabecera municipal, un municipio moderno no debe caer en el antiquísimo vicio del pavimento sano; los baches y cráteres urbanos son, en realidad, una sutil invitación a practicar la baja velocidad y la paciencia contemplativa.

Todo este engranaje de perfección administrativa se corona con el saludable celo con el que las autoridades protegen su descanso mental al jamás responder un solo pedido de informes. ¿Para qué contaminar la gestión con la molesta burocracia de la transparencia, la rendición de cuentas o las explicaciones a los concejales y vecinos? Una política de puertas cerradas y oídos sordos que garantiza una paz institucional inalterable.

Festejemos, entonces, esta gestión de vanguardia donde los anuncios ocupan el lugar del asfalto, las promesas suplantán a los cimientos y el marketing oficial se erige como la única obra verdaderamente pública y constante.

Lo esencial es invisible a los ojos, podría ser ésta la cuestión.

